Julio Hernández Novas y C. Cid Morales

La Mala Senda

COMEDIA

de costumbres madrileñas en tres actos y en prosa



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

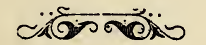
Calle del Prado, núm. 24

1923

Julio Hernández Novas y C. Cid Morales

LA MALA SENDA

Comedia de costumbres madrileñas en tres actos y en prosa, estrenada con gran éxito en el Teatro Cómico de Madrid, en la noche del 24 de Agosto de 1923, por la compañía de dramas y comedias de Manrique Gil



PUERTOLLANO

Imprenta de Puertollano
Año 1923

Julio Fernández Novas
Consolación Cid Morales

LA MALA SENDA

DEDICATORIA

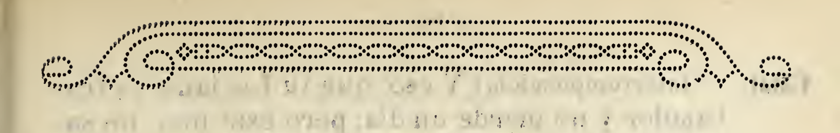
A nuestros queridos padres, ofrendamos esta comedia, con un abrazo tan grande como nuestra ilusión por la Literatura.

Los Autores.

REPARTO

BLANCA..	**Sra. Carmen Sánchez**
CATALINA	*Emilia Chust.*
LAURA,............	*Carmen García Requena*
AMALIA............	*Amelia Sánchez Ramírez*
PILAR	*Srta. Conchita Sánchez*
MARGOT	*Josefina H. del Río*
TELESFORO	*Sr. Franco Mistrali*
CARLOS...........	*Eduardo Salado*
JULIO....	*J. Espantaleón*
DONATO	**Manrique Gil**
SEVERIANO	*Pedro R. Montesinos*
ROBLE.............	*José Abad*
RUIZ.	*Antonio Martínez Ferrer*
ENRIQUE....... ..	*Eugenio Alvar*
LUIS...............	*Adolfo Hernández*
NIÑO...............	*Niño del Río*

La acción en Madrid. Epoca actual.



ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

Comedor de casa pobre amueblado, en gran desorden. Foro derecha, ventana que dá a un patio; izquierda puerta. Lado derecho, dos puertas que se suponen a los cuartos interiores. Lado izquierdo puerta con cortina. Todas practicables. Es por la mañana. Derecha e izquierda las del actor.

ESCENA PRIMERA

Laura y Catalina.—Al levantar el telón están en escena Laura y Catalina. Esta en disposición de marchar al trabajo. Visten pobremente.

Catalina.—(En jarras) ¡Lo que tiene una que pasar en esta vida! Siempre aperreá por traer cuatro cuartos a la casa, y no se les vé el lucimiento... Y menos mal que a pesar de todo va una saliendo, porque llevamos una racha, que ya, ya...

Laura. — Y que lo digas. Pero deja tu casa, ven a la mía, y verás lo que es bueno. Apenas si he cogío los cuartos de la semana de mi hombre, cuando los he repartío. Y es que en cuanto descompones el primer duro...

Catal. —(Interrumpiéndola) Y eso que tu Luciano, es trabajador y no pierde un día; pero este mío, no sale de una guelga cuando ya está en otra. ¡Como que estamos atrampaos con todo el mundo!

Laura. — ¡Claro! Los hombres no se hacen el cargo de las «circustancias». ¿Qué necesidá tenía el tuyo de andar de ese modo?

Catal.—Lo que yo le digo, pero no me hace caso. Siempre le estoy sermoneando y a lo mejor se encara conmigo y me dice: «¡Tu te callas! La lucha por la Libertá es de los hombres que tién sentido común! ¡Viva la igualdá!» ¡Ná!. Como si con eso se comiera...

Laura.—Esas son las tonterías que aprenden en las tabernas.

Catal.—(Poniéndose un mantón que habrá encima de una silla) La verdá es que me tiene frita. Bueno. Me marcho al corte, que va siendo tarde. Si quisieras esperar a que venga mi chica, que ya no tardará? Lo digo porque no se quede la casa sola.

Laura.—Si, mujer; me quedaré un rato, mientras llega.

Catal.—Si tarda mucho mi Blanca, la regañas cuado llegue, y le dices que arregle un poco la casa, que buena falta le hace.

Laura.—Márchate ya, mujer, que todo se arreglará.

Catal.—(Hace medio mutis) Oye: si por un casual traen el recibo de la Sociedá de mi marido le dices que «tranlarán»...

Laura. —¿Pero, quieres marcharte yá, que eres más pelma que el casero?

Catal.—Y ten cuidao de mi puchero que lo tengo en tu hornilla. En fin... Adiós. (Mutis foro).

Laura.—Adiós, mujer... ¡Y que no te pase ná!

ESCENA II.

Laura. Después Blanca

Laura.—(Arreglando la casa) ¡Qué lástima de casa! Y todo por la mala cabeza de un hombre. Si no fuera por esta mujer, que es más buena que el pan bendito, no sé lo que iba pasar aquí. Por mucho que trabaja parece que el diablo se lo lleva. Y esta chica, ¿cuando vendrá? ¡Pobrecilla! ¡Qué desgraciá! La dejan que se críe en el arroyo como los gorriones, y acude cuando ya no le queda otro remedio Y su padre, con la fama de valiente tié bastante. (Repara en Blanca que está asomada a la ventana) ¡Anda! ¿Con que estás ahí? ¡Pasa, pasa!

Blanca —(Por foro. Viste con pobreza, pero limpia. Aparenta unos 17 años. Es guapa y lista) ¿Se fué mi madre?

Laura.—Si; ya se fué... ¡y hay que ver cómo iba!... ¿Donde has estado hasta ahora?

Blanca.—En ca la Tomasa, la del señor Nemesio.

Laura.—Si hubieras visto lo enfadá que se fué tu madre porque no venías... Como que dijo que te iba a rastrar.

Blanca.—(Con guasa) ¿Antes del primer aviso?

Laura.—(Enfadada) ¿Chistecitos a mí? ¡Estaría buena! Pero si te han dao más avisos que a un mal mataor, y sigues toreando a tus padres que son nobles y fáciles... Pero con menos pan y más látigo, ya verías tu lo que es bueno.

Blanca.—(Burlona) ¿Menos pan todavía, seña Laura? Pues entonces, nos conservaremos con alcol como mi padre, ¿verdad?.

Laura.—Quiero decir, que ya tienes edad para ser una mujercita y ayudar a los tuyos.

Blanca.—Ya les ayudo a comer todos los días. ¿Le parece a usted poco?

Laura.—(Enfadada) Calla, desvergonzá, calla! Más valiera y tomases vida nueva.

Blanca.—Yo tomo el Flirt, señá Laura.

Laura.—¡Ay, qué rica! ¿Es que me vas a tomar el cabello? (Se pone en jarras) Pues lo que hace conmigo no pasas el rato. Si yo fuese tu madre, ya te cantaría el «arrea p'alante» que ahora está de moda.

Blanca.—Puede usted cantar el rosario, si le parece. A mi, Prim.

Laura.—Pero, ¿quién te ha enseñao a hablar de esa manera? Si te oyese tu padre, te daba en la cara. ¡Vaya una desollá!

ESCENA III.

Dichas y Telesforo. —Telesforo es un trabajador. Viste pobremente, con algunos remiendos.

Teles.—(Por foro) ¿Qué voces son esas?

Laura.—(A Teles) Su niña, que es una mal criá que no respeta a nadie. Porque le he dicho que donde andaba, me ha soltao una fresca que me ha dejao sentá.

Teles.—(A Blanca) ¿Y quién eres tú pa decir nada a nadie? (Hace ademán de pegarla) ¡Te voy a dar una manguzá! Mejor fuera y te aplicaras, que tiempo tiés pa ello, y no andaríamos a dos velas. (Se sienta y apoya la cabeza entre las manos).

Laura.—(Se acerca a él) ¿Es que no ha encontrao usté nada, señor Telesforo?

Teles.—Si, señá Laura: un sablazo de un guardia que me ha hecho ver las estrellas y ascender a la

diznidad cardenalicia. (Enseña un cardenal en un brazo).

Blanca.—(A Teles, con mimo) ¡Qué barbaridad, padre!

Teles.—Como que m'ha tatuao el tío. Estos guardias de ahora pegan más que el syndeticón.

Laura.—¿Y por qué ha sido eso?

Teles.—Pues ná: que estábamos un grupo de guelguistas... de los honraos, haciendo nuestra combina, y han arreao a sablazos con nosotros. Yo me podía haber librao, porque los ví antes de llegar y creí que eran guardias tranquilos; pero ná, seña Laura, son de los del 675. ¡Amos, el terror de los estudiantes!

Blanca.—¡Maldita sea...!

Laura.—Bueno, señor Telesforo; que no sea ná lo del brazo. Voy a dar una vuelta por mi choza. Hasta luego. (Mutis foro).

ESCENA IV.

Dichos, menos Laura

Teles.—(Se levanta. A Blanca, enfadado) ¿Qué irá diciendo de tí la seña Laura, sinvergüenza? ¿Es que quieres traer otra mancha a la casa? ¿No tengo yo bastante con la del brazo, so arrastrá? ¡Vas a dar lugar a que te rompa un «gueso» de un golpazo!

Blanca.—(Temerosa) Es que me dijo desvergonzá porque vine tarde, y yó le contesté malamente.

Teles.—(Suave) El día que me se acabe la paciencia, ¡te caes!

Blanca.—(A Teles, mimosa) Padre: ya voy a ser buena y trabajadora. ¿Le duele a usté mucho lo del brazo?

Teles.—Como que lo tengo envarao (Lo mueve despacio)

Blanca.—¡Esto es un atropello y nada más!

Celes.—Eso les dije yo: que era un atropello; pero anda tu con discursos a los guardias... Yo que he sío el que s'ha señalao... pues que m'han señalao. Na, que en cuanto quiés hablar, pues que te cortan el resuello. ¡Está visto! Y menos mal que pude escaparme.., porque ya te acordarás que en la «guelga» pasá, me tuvieron en la Modelo veinticinco días.

Blanca.—Sí, padre; cuando le llevaba la comida, me hartaba de llorar al pié de la reja.

Celes.—Es verdad, hija mía, es verdad... Pero ya pasó aquello. (La acaricia los cabellos).

Blanca.—¡Qué días pasaría usted, ¿verdad, padre?

Celes.—Días de rabia y tristeza, sí. Las cárceles no se han hecho para los hombres que, como yó, luchan por un ideal, sino para los ladrones y los criminales.

Blanca.—Lleva usted razón,

Celes.—¿Pues no he de llevarla? Lo que pasa, es que tengas razón o nó, en cuanto hablas te atropellan los romanones. Si hubiese hombres como otras veces, se respetaría el derecho de los ciudadanos y habría más igualdá. Hoy tó está perdío.

ESCENA V.

Dichos, y Catalina, por foro.

Catal.—(Muy enfadada) ¡Ya estamos aquí todos!

Celes.—(Brinca, asustado por el desplante) ¡Haber avisao, mujer! Vienes desatiná.

Blanca.—¿Por qué viene usté así, madre?

Catal.—Por una casualidá, porque si me dejan con esa tía, le saco los ojos.

Teles.—¿Tan fuerte ha sío la cosa?

Catal.—Como lo oyes.

Teles.— Pero, ¿se pué saber por qué estás aquí a estás horas?

Catal.—(Detalla este párrafo accionando) Pues, que apenas llegué al taller esta mañana, cuando me encontré a Petronila, la del bizco, que empezó con la música de todos los días: «que eras un vago; que tu hija iba a acabar en un tablao; que mientras yo trabajaba, tu estabas en la tasca», en fin, que nos liamos... y aquí tienes la muestra (Enseña una mata de pelo).

Teles.—(Mirándola) Pues si yo la oigo, la acabo de dejar calva. Y me dice vago cuando su marido es guardia.

Blanca.—¿Y eso ha sido todo?

Catal.—¡Cá! Después, nos llamó el señor Cipriano y nos puso verdes: «que en su casa no quería broncas; que ya estaba harto, que no teníamos educación» Total: que nos ha adelantao el cobro.

Teles.—Pero, ¿es posible, Catalina?

Catal.—Ya lo ves (A Teles, que simula dolerse del brazo) Y tú, ¿qué?

Teles.—Yo, ná. Lo mío s'arregla con unos paños de sal y vinagre, que dicen que pa los cardenales es muy bueno.

Catal.—Me atontas, hijo.

Teles.—Pues espabílate, que estás encima del Viaducto y te pues caer.

Catal.—(Enfadada) Tú si que te vas a caer. Tú y la arrastrá de tu hija que para nada vale.

Blanca.—¿Yo, madre?

Catal.—Si, tú. ¿Dónde has andao hasta ahora?

Celes—¡Arrea! Ya salió la niña a relucir.

Catal.—Entre los dos me estais quitando la vida.

Blanca.—Es que fuí con la Tomasa a por...

Catal.—Bueno. Quítate de mi vista, esgalichá, que me tienes hasta el moño.

Celes.—Si, márchate, hija mía, que tu madre está que hace la barba.

Blanca.—(Enfadada) Hay que ver... Siempre lo mismo. (Mutis izquierda)

ESCENA VI.

Dichos, menos Blanca

Celes.—Pero, mujer, ten paciencia y vente a razones. ¿Qué culpa tié la chica que tu seas un torbellino?

Catal.—No la tiene ella, nó, sino tú que no sabes enseñarla a ser mujer de bien. Por eso soy yo mala, porque la regaño para que sea una mujer de su casa.

Celes.—(Meloso) ¿Quién dice que seas mala? Lo que tienes es un pronto c'hay que estar peparao. Nada más.

Catal.—¡Así sois todos los hombres!... Siempre tan hipócritas. Mientras las mujeres os ayudamos, todo va bien, pero en cuanto se acaba, ya no hay quien os aguante.

Celes.—Las mujeres sois buenas cuando lo sois. A tí te ha tocao serlo siempre. Yo me casé contigo cuando me casé, porque te quería, y al mismo tiempo porque eras como una finca en arriendo...

Catal.—(Interrumpiendo) Y cuando no produzca haces el traspaso, ¿verdad?

Celes.—(Mimoso) ¡Que te crees tú eso! Yo no te cambio a tí, ni por la «Princesa de los Opalos». ¿Has oido, vida? Bueno. ¿Quiés que te cuente mi historia o nó?

Catal.—¿Es que ya tienes historia?

Teles.—Es un episodio que está arreglao con media de chinchón pa que me se vaya el susto, porque el que he llevao es de los c'hacen época. Verás: Después de salir de casa de Don Lorenzo, el contratista, y decirme que tenía los cabales, nos juntamos el joroba, dos chicos peones de mano y yo, dispuestos a tó antes que los esquiroles entraran al trabajo. Estando en esta maniobra, se aprecibe un guardia, enristra con nosotros, nos da pal pelo (lo indica con la mano)... y aquí tiés mi brazo que me lo ha dejao como pa llevarlo en cabestrillo. ¡Las cosas de la vida!

Catal.—Pues, hijo, de esta racha, nos ponemos de moda.

Teles.—Pero, ven aquí, pan de higo, si tú estás más en moda que la Raquel.

Catal.—Déjame de pamplinas y piensa el camino que has de tomar. ¡Eso es!

Teles.—Caminito del Puente Vallecas, que me han dicho que hay trabajo en el metro. (Se oyen unos golpes en la puerta foro)

ESCENA VII.

Dichos y Roble. Después. Blanca.—Roble es un tipo desgargarbado y bruto. Habla achuladamente y aparenta 38 años. Trae unos recibos en la mano.

Catal.—(Mirando al foro) ¿Quién va?

Roble.—¿Se puede?

Teles.—¡Adelante!

Roble.—Salú y pesetas.

Catal.—(Aparte a Teles) ¡Arrea! El panadero. ¿Y qué hacemos ahora?

Celes. —Lo de tós los días: ná.

Roble. —Bueno. Aquí me tién ustés.

Catal. —Ya lo vemos...

Roble. —(Interrumpiendo) Digo que, aquí me tién ustés con la misma música; pero que hoy va a ser «descriptiva», porque si no apoquinan las cincuenta pesetas del pan que le deben a mi amo, dice: «que no deja ni un día más las cuentas en blanco». Ni más, ni menos.

Celes. —Me ha dejao usté helao. El caso es...

Roble. —El caso es que me tién ustés más corrío que una mona. Esto es un pitorreo a ojos vista. Y a mí no.

Celes. —Aquí no hay pitorreo, señor Roble; lo que pasa es que tenemos la negra.

Roble —Lo que yo digo: Ustés me han tomao a mí por el correveidile, y una de dos: O pagan o la «comi».

Celes. —(Admirado) ¿La «Comi»? ¿Pero usté cree que es un delito no tener dinero?.

Catal. —Usté cree...

Roble. —(Amoscado) Yo no me creo ná. Aquí lo que hace falta es el liquiden.

Celes. —Bueno. Venga usté dentro de unos días y yá veremos.

Catal. —(Altiva) Y dígale usté a D. Pancrecio, que espere, que también esperamos nosotros «La Hora del Reparto» y nó llega nunca.

Celes. —(Apartando a Catal) Tú, te callas. ¿Has oido? (A Roble) Vamos al asunto, señor Roble: Aquí no se niega nada, pero, ¿que voy a hacer, si estoy parao ya va para dos meses? Comprenda usté mi situación.

Roble. —Su situación... me la sé yo de memoria... Bue-

no. Esto s'acabao. Mañana vuelvo y me paga usté o se arma la de San Quintín.

Teles.—(Enfadado) Si tengo dinero, le liquido; y si no tengo y me obliga usté, también le liquido. ¿Ya me he cansao!

Roble.—(Fuera de sí amenazando a Teles) !Si no mirase que peina usté canas... ¡pa qué! El hijo de mi madre, no aguanta guasas de usté ni de nadie.

Blanca.—(Por izquierda a medio vestir. Trae el pelo suelto y la cara empolvada a trechos) Pero, ¿que es esto, padre? ¿Por qué son esas voces?

Teles.—Porque este hombre me ha faltao al respeto por cincuenta pesetas.

Blanca.—(A Roble) Más valiera, se diese usté cuenta que está en una casa muy decente. Aquí no se falta a nadie.

Roble.—A mí, sí.

Teles.—Es que ha estao usté muy duro, señor Roble.

Catal.—(Despótica) Como que parece que va a heredar.

Teles.—(Reparando en su hija) ¿Pero, hija mía, que estás dando un espectáculo.

Blanca.—(Se arropa con una toalla que tendrá en las manos) No me había dao cuenta.

Roble.—(Desde la puerta foro) ¡Esto es no tener vergüenza! Ya veremos si le obligaré o nó. (Mutis).

Teles.—(Viéndole ir) Pues, entonces, sale usté liquidao. (Vuelve hasta el centro de la escena, envalentonado. A Catal.) ¿Te has fijao? Pues que le canté «Marianas» y bastó.

ESCENA VIII.

Dichos, menos Roble. Después, Laura

Blanca.—¿Ha visto usté, padre?

Teles.—Lo he visto y no lo he visto, porque si me dice

una palabra más, se lo tién que llevar en «parihuelas».

Laura.—(Por foro, corriendo) Pero, ¿qué les ha pasao a ustedes con el panadero que salía diciendo que se las tenían que pagar?

Celes.—Pues ná, señá Laura, que al perro flaco tó se le vuelven pulgas; pero yo me las sacudo como puedo. Menos mal que ya está uno acostumbrao a estas cosas, que, al fin, no tienen importancia. Total: cincuenta pesetas.

Catal.—Y que el tío venía con las de Caín, Pero como éste le ha enseñao las uñas, se ha marchao.

Laura.—Ha hecho usted lo que ha debido.

Celes.—Lo que he debío, precisamente, nó, porque, como usté sabe, no me acompaña la pasta (Deslizándose las manos por los bolsillos); pero ya le dije que volviera otro día.

Blanca.—Como que era lo más acertao,

Laura.—Pues claro. Si sabe que están ustedes más pelaos que la espalda de un violín, ¿a qué se empeña en dar la lata?

Blanca.—(Accionando)Porque es un tío sinvergüenza que no espera a razones. (Se le cae la toalla y queda a medio vestir otra vez).

Celes.—(La mira, amoscado) Pero. niña, ¿te quiés vestir yá? Lo digo porque a este paso te vemos hasta el estómago, rica.

Catal.—Como que lo mismo le dá ocho que ochenta. Es más despreocupá.

Blanca.—(Arropándose) Es que sentí vocear y dar golpes y salí a ver qué ocurría (Hace mutis por izquierda).

Celes.—Pa golpes, los que vas a llevar si no t'enmiendas.

ESCENA IX.

Dichos menos Blanca. Chica, cuando lo marque el diálogo.

Laura —Estas cosas hay que llevarlas con paciencia, señor Telesforo, que «el que más pone más pierde».

Teles.—Paciencia he tenío, lo qu'es que se m'acabó y si el tío no se larga a estas horas... ¡qué se yó! porque, vamos, querer sacar de donde no hay... (Enfadado) Que como vuelva con las mismas, le voy a dar un tiro...

Catal.—(Lo sujeta) No te sulfures, Telesforo. Acuérdate de la sala 250 del Hotel de la Moncloa.

Teles.—¡Tu padre, que ocurrencia ¡Bueno; que si no me quitas la idea, le gano la partía a ese tío que ya me está oliendo a quemao. (Se oyen gritos desde fuera. Todos hacen escucha). ¡Agarra! ¡Algo ha ocurrío ahí fuera! (A Laura) Parece su chico el que chilla? (Entra en escena por foro un chico o chica de unos 13 años. Los tres le rodean preguntándole).

Catal.—¿Qué pasa?

Laura.—¿Qué ha pasao, hijo mío?

Chico.—(A Laura) Pues que uno de los pucheros que tiene usté en la lumbre se ha quemao, Estábamos jugando en el patio, y al pasar por la pelota a la cocina, echaba mucho humo y olía muy mal.

Catal.—(A Teles) ¡Tienes un viento, que ni un pachón, hijo!

Laura.—¡Vaya por Dios! ¡Qué mala pata! (Hace mutis ella y el chico por foro corriendo).

Teles.—(A Catal) ¿No te lo estaba yo diciendo? Pa chasco que haya sío el nuestro.

Catal.—Aguarda que voy a enterarme (Mutis por foro)

ESCENA X.

Telesforo. Después, Catalina y Blanca

Teles.—Aquí quisiera ver yo al Cid Campeador, para medir las fuerzas. Estos son equilibrios y ná más. Bueno. Las mujeres l'hacen a uno andar de cabeza. Yo seré vago, seré lo que quieran, pero cobarde no. Lo he demostrao. Pero, calla: Si ese tío achucha, no quiero ni pensarlo: me quita la careta. ¡Las cosas que tié uno que hacer en la vida!

Catal.—(Por foro) Parece mentira. ¿Qué cosas pasan en un momento!

Teles.—¿Cual ha sío?

Catal.—El de ella que no tenía agua.

Teles.—Menos mal, porque si nó, habíamos adelantao la cuaresma.

Catal.—Como que de seguir así, vamos a tener que comer a tercer día.

Teles.—(Amargado) Y luego dicen que vivir. ¿Pa qué? Pa estar viendo a los que se hartan y uno estar desmayao. Claro que to esto, va a durar hasta que los trabajadores nos juntemos pa dar leña, y entonces va a venir la igualdá, que es lo que hace falta.

Catal.—Bueno, Telesforo; déjate de pamplinas y piensa despacio lo que hemos de hacer con nuestra hija, que va a cumplir los dieciocho, y no es cosa de que siga por el mismo camino.

Teles.—¿Y qué quiés que haga con ella?

Catal.—Pues decirla que hay que trabajar para ayudarnos a salir adelante. ¿Te has enterao, bragazas? Debes ponerte serio con ella a ver si consigues algo y que no esté hecha un perico por las calles a todas horas.

Celes.—Ten paciencia, mujer, que la chica es lista y buena y nó nos costará trabajo sacar partido de ella.

Blanca.—(Por izquierda, vestida humildemente) Madre: ¿dónde tiene usté la llave de la cómoda para sacar mi velo?

Celes.—¿Tu velo?... Fué velo y no velo, hija mía, Lo empeñé.

Blanca.—(Enfadada) ¡Lo único que faltaba!

Celes.—Y lo que faltará. Si no fuera por eso, ¿de dónde? (Hace ademán de comer),

Catal.—Eso le estaba diciendo a tu padre: que de este modo no podemos seguir.

Blanca—¿Y qué voy à hacer yo, madre?

Celes.—Bueno, niña. Lo que te quiere decir tu madre, pa que te enteres, es que giras muy mal.

Blanca.—¿Que giro mal? Pregúntele usted al chato, el organillero, que suspira por él toda la parroquia del «Niza», y no quiere bailar más que conmigo. (Da un giro a izquierdas).

Catal.—(Enfadada).—Ahí la tienes... ¡Con tan poca vergüenza!

Celes.—(La coge por un brazo).—Pero, ven acá, chiquilla, que paece tu cuerpo de azogue. Si lo que te digo es que tiés que girar de otra forma.

Blanca.—Es que yo giro a izquierdas porque es el baile más castizo.

Catal.—Desde que nacistes estás girando a izquierdas y no te enseñará nadie a hacer nada a derechas. (A Telesforo) Y tú, déjate de camelos y entra con ella por derecho, porque si sigues así, esta nos dá el escándalo.

Celes.—Ella verá lo que hace, porque el fiao, ya s'aca-

bao, y casi toa la ropa la he traspasao. (Se enfada de súbito y coge a Blanca de un brazo) Acabemos de una vez, niña. Aquí hay que trabajar sea en lo que sea. ¿Lo sabes? Así que, escoge lo que más te convenga.

Blanca.—Entonces, como la Tomasa: tanguista.

Catal:—(Enfadada) ¡Calla, calla! Lo que aprende en la calle.

Celes —No te enfades, mujer. Al cabo es la primera que hace esas cosas. Pues si la mayor parte de las artístas son de gente distinguía, y yá las ves, que pa ellas es el mundo. ¿Por qué no había de llegar nuestra Blanca también? Además, que Carlos, su novio, ha prometío colocarla en su teatro.

Catal —Eso es: dale alas a la niña. El colmo. Nuestra hija no vale para eso.

Celes —No ha de valer... ¿No estás viendo el palmito y eso que está de trapillo?

Blanca —Como que cuando bailo, me florean los atontaos que se les cae la baba.

Catal —Tú sí que estás atontá; y me parece que como no te dés a la reflexión y pienses algo decente... (Hace ademán de pegarla).

Blanca —(Enfadada) Bueno. Cogeré el mantón y sea lo que Dios quiera, que bastante ha durao el sermón (Hace medio mutis).

Celes (La sujeta por un hombro) Pero, chiquilla, ¿no oyes que te habla este cura?

Blanca —Bueno, bueno, Ya acabaremos la historia otro día. (Mutis 1.ª derecha).

Celes —¡O matarla, o dejarla! (Hace mutis por foro)

ESCENA XI.

Catalina. Después, Telesforo, Carlos y Blanca.

Catal —¡Que Dios os guíe por buen camino. (Arreglando la casa) ¡Cuando entrará en vosotros el conocimiento, porque si nó, no sé adonde vais a parar; es decir, si lo sé. Lo que siento es que no podré evitarlo. ¿Donde habrá ido? Como si lo viera: éste se ha metido en la tasca del Solera a ver si encuentra algún primo, porque el va de verano. ¡Los hay frescos; pero éste mío al que se arrime lo acatarra. (Hace escucha) Ya parece que vuelve. Claro, como no llevaba dinero lo han echao. (Telesforo y Carlos por puerta foro, como si dialogasen).

Celes —¡Qué contenta se va a poner de que lo sepa! Pero, pasa, hombre, pasa. (Coge a Carlos de un brazo y le trae al centro de la escena).

Carlos —(A Catal) Buenos días ,. (Cohibido) Señora...

Celes —Déjate de cumplidos y al grano. (Presentándole a Catal) Tu futura suegra... (Viceversa) Tu futuro yerno.. que me lo he encontrao en la puerta, y no quería pasar; pero como yo sé que ellos se quieren, pues, de toas maneras...

Catal —(Con frialdad) Si, si...

Carlos —Pues que me dijo Blanquita que quería ser artista, y venía a decirla que ya la he colocado en el teatro de mi padre. Ahora, irá de meritoria.

Celes —Pero, ¿estás oyendo, Catalina? Bueno. Me estoy viendo cenando con Romanones. (Mirando hacia la derecha) ¡Blanca! ¡Blanca! ¡Ven! ¡Sal!

Blanca —(Por la derecha, asustada) ¿Qué pasa, padre? (Reparando en Carlos) ¡Carlos! ¿tú en mi casa?

Teles —(Interviniendo) Sí, hija; no te asustes. Es tu felicidad, tu alegría, tu vida, el cocido (Aparte) Me colé (Hace ademán de morderse un dedo) (Carlos y Blanca, quedarán en el lado derecho y Teles y Catal, en el izquierdo. Todos como si dialogasen por lo bajo).

Carlos —Sí, desde hoy mismo. ¡Qué felices vamos a ser! ¡Bendita seas mil veces! ¡Cuanto te quiero, Blanca mía! (Se cogen las manos) Mi padre, sí...

Blanca —Pero, Carlos, estáte quieto, hombre. Que nos ven mis padres.

Catal —(Mirándolos enfadada a Teles) Pero, ¿no los estás viendo? Yo no puedo con estas cosas.

Teles —(Contento) Déjalos que gocen un rato, mujer. ¿No lo hicimos nosotros también? Después de tó..

Catal —Después de tó, sigues siendo un bragazas.

Carlos —...De buena gana; pero tengo prisa. No quería más que eso. (A Teles) En fin; ya me marcho.

Teles —¿Pero, ya te vas? Bueno. Pero, entonces, Blanca...

Carlos —Blanca, desde hoy, va a estar hecha una reina y ustedes, a vivir.

Teles —(A Catal) ¿Has oido, Catalina? ¡A... vivir!.. (En este intérvalo, Carlos pretende besar a Blanca).

Catal —A vivir... ¡A morir!

Carlos —Adiós, Blanca. Que ustedes sigan bien. Adiós. (Mutis por foro).

Teles —Adiós, hombre. (Le acompaña hasta puerta foro). (A Blanca) Niña: mañana a mover los pinreles en Maravillas. Bueno. Si se tarda un poco nos encuentra disecaos ¡El caos!

Blanca —Gracias a Dios. (Hace mutis 1.ª derecha).

ESCENA XII

Telesforo y Catalina

Catal —(A Teles) ¿Eso es lo que traías de nuevo?

Teles —¿Te parece poco?

Catal —Yo creí que habías salido en busca de trabajo, pero por lo visto fuistes a que te diera el aire.

Teles —Ya me hacía falta, yá.

Catal —Lo que te hace falta es recorrer las obras a ver si te dan trabajo, porque hace dos meses que no dás un golpe.

Teles —¿Que no doy un golpe? Acuérdate como te dejé el ojo hace quince días, que paece que tiés una rija.

Catal —(Con rabia) Como que, desde entonces, no te puedo mirar a derechas.

Teles ¿Cómo me vas a mirar a derechas si te lo dejé torcío?

Catal —Anda con tus chistes a la tasca del Solera, que aquí está en baja esa moneda.

Teles —Pero, ven acá, desgraciá, que no puedes negar lo que has sío.

Catal —¿Qué he sido yo?

Teles —(Despreciativo) La hija de la rabanera de la calle la Ruda.

Catal —Y no tengo por qué arrepentirme.

Teles —Como que eres hija de tu madre. No puedes negar la pinta.

Catal —¡Mi madre tenía mucha vergüenza!

Teles No la gastó en su vida; pero pa mí que nació sin ella.

Catal —¿Y tú, cómo nacistes?

Teles —En cueros, como tó el mundo.

Catal —Y de cabeza, como vas a andar toda tu vida.

Celes —Pero, no has de tardar en verme andar con los pies... liaos en unas de casa Ureka de cuarenta beatas.

Catal —Cuarenta beatas, no las encuentras tú ni en Semana Santa.

ESCENA ULTIMA

Dichos y Blanca

Blanca —(Por primera derecha, con chal, zapato de tacón alto y peineta) Yá acabé de arreglarme, padre.

Celes —¡Agarra! Ya se ha preparao para el debú.

Blanca —¿Qué tal estoy con esto?

Celes —Pos ná, hija; como pa debutar en Maravillas y darle un jabón a la Serós.

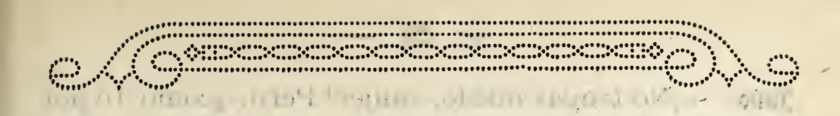
Catal —(Enfadada) ¡Serás el viento maldito que empuje a tu hija camino de su perdición!

Blanca —(Andando hacia el foro) ¡Bueno. Se acabó la pobreza en mi casa! (Alto) ¡Mañana debut de Blanca Palomares en Maravillas (Mutis foro).

Celes —(Lleno de satisfacción) ¡Qué ruido va a dar esta chica! (Viéndola ir) ¡Qué bien pisa!...

Catal —(Amargada) ¡Qué bien pisa; pero qué mal anda! (Telón rápido).

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

DECORACIÓN

Gabinete amueblado con mal gusto, en una casa modesta. Foro derecha, puerta que se supone da a la escalera del piso; izquierda y en chaflan. rompimiento de cristales que da a un jardín. Izquierda, una puerta a los interiores de la casa. Derecha dos puertas. Todas practicables, menos el rompimiento que lo cubrirán unos visillos de gasa amarilla. Durante el acto, va anocheciendo para que al terminar sea noche avanzada ya.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón está en escena Pilar, una doncellita limpia y simpática, leyendo el sobre de una carta.

Pilar —Para la señorita Blanca Palomares. Suplicada. Y me dijo que cuando no lo viera nadie. Bueno, aquí hay gato encerrado. ¡Cuantos papeles tiene una que hacer en la vida. (Se sienten unos golpes en la puerta de la escalera y Pilar sale a abrir, y vuelve seguida de Julio, que es un periodista joven y elegante) ¡Que no están, hombre! Vete...

Julio —¡No tengas miedo, mujer! Pero, ¿cómo tú por aquí?

Pilar —Las cosas, hijo. ¿Y qué te trae por este apartado rincón?

Julio —Pues, interviuvar a la tanguista.

Pilar —No está en casa. Salieron a una fiesta que los han invitado. Ya no tardarán.

Julio —Entonces, ¿estás tú sola?

Pilar —Como un espárrago.

Julio —(Zalamero) O como la fragante rosa llorando el rocío de la noche, que no es lo mismo.

Pilar —Anda, zalamero, que te pasa con todas igual.

Julio —(Poniéndose la diestra sobre el corazón) ¡Ay, Pilar! Pero por aquí no pasa más que tú. Ya lo sabes. Este encuentro tan feliz, ha sido para mí como una gota de bálsamo que ha caído sobre la gran herida que abriste un día en mi corazón.

Pilar —(Con guasa) ¡Ay, por Dios! Como sudas, Julio. Pero, ¿es que crees que me he caído de un nido?

Julio —¿Dudas, acaso, de mi cariño, reina de merenderos y de mi corazón? Si desde que la emperatriz del chotis falta de la «Huerta», el eco de los organillos llega a mis oidos como la música de una danza macabra.

Pilar —Pero, ¿qué me dices?

Julio —¿Que si yá has olvidado aquellos fox-trot, que tanta popularidad nos daban?

Pilar —No; ni los pellizcos que me tirabas amenudo.

Julio —(Pretende tocarla la barbilla) ¿Y quién no se marea viendo esos ojazos que despiden electricidad? Pero, bueno: ¿quién te ha sepultado aquí, de esta manera, cuando debías estar en el palacio de cristal como una venus?

Pilar —(Riendo) A. B. C. que publicó el anuncio, acudí al reclamo y aquí me tienes. La vida, chico, la vida...

Julio —¡Cualquiera lo diría!

Pilar —Pues yá lo vés.

Julio —Me chocaba a mí no verte en tanto tiempo. Como que he pensado algunas veces si te habrías casado.

Pilar —(Ríe) ¡Ay, qué gracia! A ver si me sale un novio en buenas condiciones.

Julio —(En guasa) ¿Soy bueno yo?

Pilar —Otros habrá peores...

Julio —Oye: ¿y que tal son tus señoritos?

Pilar —Ella es buena y simpática; pero le pasa lo que a todas las mujeres... que en cuanto nos hacemos novias, perdemos la chaveta y hacemos locuras, Y él es un viejo que chochea. El otro día quiso darme un beso; pero le dí un empujón que por poco si lo tumbo.

Julio —(Hace como si fuera a besarla) Conque un beso, ¿eh? Bueno, pués si llega a manchar tu rostro, no lo salva ni Echevarrieta.

Pilar —¡Bravo! ¡Bien!

Julio —¡Tú si que estás bien! Mira que tango de mi invención mé traigo. (La coge como si fuera a bailar)

Pilar —(Pretende desasirse de él) Pero, Julio, que pueden sorprendernos y entonces,..

Julio —No nos vé nadie, tonta. Mira. (Apenas se han agarrado, aparecen por el foro, Telesforo y Blanca, que quédanse extáticos viendo tal frescura).

ESCENA II.

Dichos, Telesforo y Blanca.—Telesforo es un tipo grotesco; viste traje marrón muy mal hecho, pantalón abotinado y botas de charol negro. Cubre su testa un bombín color canela. Blanca trae puesto un mantón de Manila y se toca con una gran peineta.

Pilar —(Avergonzada) ¡Ay! ¡Suelta, hombre, suéltame! (Quedan separados, mirándose).

Julio —(Disculpándose) ¡Caballero, perdóneme este abuso de confianza que me ha sujerido la amistad de esta joven; pero...

Pilar —(Presentándole)—Este señor es un periodista amigo mío, que viene a hacer una intérviu a la señorita Blanca. Es redactor de la «Libertad».

Teles —(Mirándole de arriba abajo) ¡Ya lo he visto, ya!

Blanca —¡Tanto gusto, caballero! (Le saluda)

Julio —El gusto es el mío, señorita. (Hace una reverencia y se aparta con Blanca al lado derecho; en el izquierdo quedarán Pilar y Teles como dialogando) En vista de los constantes triunfos que viene usted obteniendo, y por encargo del Director del diario que represento, desearía colmara usted mi orgullo de periodista, dándome algunos detalles de su vida artística...(Siguen haciendo como si hablasen).

Pilar —(A Teles) No, señor; un baile nuevo.

Teles —¡Muy bonito, muy bonito! Bueno, pues que no se repita la escena. Puede usted marcharse a sus ocupaciones (Pilar hace mutis por puerta izquierda).

ESCENA III.

Díchos, menos Pilar

Blanca —(Se quita el mantón e invita al periodista a sentarse) Aquí estaremos mejor, ¿verdad?

Julio —Si; donde usted quiera. Es un momento.

Celes —(A Julio, con satisfacción) Ahí la tié usté. ¡Esa es mi niña!

Julio —Por muchos años, caballero.

Blanca —A su disposición.

Julio —(Saca unas cuartillas y apunta de vez en cuando) ¿Cual ha sido la emoción más grande que ha experimentado usted en su vida artística?

Blanca —El día de mi debut, que canté peteneras sin haberlo hecho nunca.

Celes —(Riendo) Como que se azaró y cuando tó el público estaba saboreando el triunfo de la niña, salió por peteneras.

Julio —Eso no tiene nada de particular. La impresión de la primera vez desconcierta y aturde.

Blanca —Es que un guasa del público, me dijo que parecía una anguíla, y yo, avergonzada, me desmayé.

Celes —No le extrañe a usté. Estaba tan delgá, porque hacía dos meses que no le habíamos soplao a la cuchara.

Blanca —(Enfadada) ¡Pero, padre! (Al repórter) No ponga usted eso, por Dios.

Celes —(Echándole una mano al hombro al repórter) ¡Anda, tonta! Este es un liberal de confianza.

Julio —(Sonriente) ¡Absoluta!; si, señor.

Blanca —¡Pero, padre..!

Julio —¿Y cual ha sido el día más feliz de su vida?

Teles —(Sin dejarla hablar) El día más feliz que hemos tenío, fué cuando el empresario nos adelantó las doscientas pesetas. Como que al día siguiente tuve que tomarme una purga

Blanca —(A Teles) Padre: me está usted poniendo en ridículo (Al repórter) No le haga usted caso.

Julio —No se preocupe usted por eso. Su papá es que es muy juerguista. (A Teles) ¿Verdad?

Teles —(Ceremonioso) Más que un día de fiesta. (Rie).

Julio —(A Blanca) ¿Ha tenido usted muchos admiradores?

Blanca —Bastantes, si, señor. He sido muy mimada por el público.

Julio —Y de amores, ¿Qué me dice usted?

Blanca —¡De amores..! Que me pretendió un millonario yanki, y que cuando ya estaba dispuesta a entregarle mi corazón, se hizo el sueco.

Teles —Un pelanas que nos quiso dar el camelo de que tenía muchas libras... Y resultó sin dos onzas. (Señalando una estatura pequeña).

Julio —¿No le ha ocurrido a usted algún episodio digno de mención?

Blanca —No recuerdo en este momento.

Teles —Si, hija. ¡Acuérdate del que nos pasó en la posá de Palomeque, con la rusa de los monos!

Blanca —¡Ah, sí! Pero eso...

Teles —Eso tié más gracia que un toribio.

Julio —¡Cuente, cuente...

Teles —(Ceremonioso) Verá usté: En la posá donde nosotros estuvimos en Palomeque, había una rusa que tenía dos monos amaestraos. Bueno. Pues una noche estando medio adormilao, siento que me lavan la cara y me tiran de las orejas. Al pronto, creí que era mi niña; pero cuando des-

pierto y veo a los dos monos encima de mí, ¡pa qué! La que s'armó no es pa contarla. Cogí un garrote y dejé a la extranjera sin negocio en menos que se dice. (Rie).

Julio —¿Y ella, qué hizo?

Celes —(Rie) Rabiar y patalear.

Julio —Tiene gracia... Pero la darían ustedes alguna indemnización?

Celes —¿Indemnización? ¡No pagamos ni la posá! Como que tuvimos que salir por pies.

Blanca —(Al repórter) ¿Qué le ha parecido a usted?

Julio —¡Soberbio, maravilloso! . ¿De cuando data su vocación artística?

Blanca —Yo creo que desde que nací.

Celes —¡Como que salió a su padre!

Julio —¿Usted también lo fué?

Celes —(Ceremonioso) Si, señor. En mis buenos tiempos fuí un artísta con el palustre.

Blanca —Era albañil.

Julio —¡Muy bien! ¿Y, tiene usted muchos contratos?

Blanca —Ahora tengo firmados tres: Uno para Calasparra, otro para Ciempozuelos; y el último en Leganés.

Celes —Ese es el contrato que me tiene loco.

Julio —Bien (Se levanta y coge el sombrero) ¡Señorita..., tanto gusto! (Les da la mano) Usted siga bien. (Saca dos tarjetas y las dá) Tengan mi tarjeta.

Blanca —¡Muchas gracias! Ya sabe donde tiene su casa para lo que guste.

Julio —Disculpenme ustedes con Pilar, mi amiga. (Hace mutis por foro, reverencioso).

Celes —No faltaba más. Vaya usté tranquilo que en esta casa ha quedao usté como quien es.

ESCENA IV.

Dichos, menos Julio

Blanca —¡Pero, padre, hay que ver! ¿Qué irá diciendo de nosotros?

Celes —Pos que somos buena gente y más tolerantes que un camarero.

Blanca —Porque hemos hecho la vista gorda, ¿verdad?

Celes —Claro. Como que si soy un hombre de los que se van de ligero, cuando los encontré liaos, le hago la vista gorda. Por lo menos la de un ojo. Pero no quise echar el resto,

Blanca —Usted como siempre: ni se enmienda ni se arrepiente. Siempre diciendo tonterías.

Celes —Esas son cosas sin importancia.

Blanca —Usted a lo único que le da importancia es al estómago, ¿verdad?

Celes —¡Naturaca!

Blanca —Pues, entonces, siga usted poniéndome en ridículo (Coge el mantón de donde lo dejó y hace mutis 1.ª derecha)

Celes —(Monologando) ¡Telesforo, Telesforo! (Se sienta y enciende un cigarro) Eres más grande que un elefante. Estoy viendo en el sitio que me van a hacer el monumento. Juraría que será hacia la calle de Andrés Borrego. En fin, ¿para qué quiero calentarme la cabeza con este asunto? Pero que tengo derecho a estátua, no me cabe duda. Porque si Jaime el Conquistador fué grande por conquistar Mallorca, yo he lograo la conquista del cocido, luchando con el hambre, que no es grano de anís.

ESCENA V.

Telesforo y Pilar. Después, Blanca

Pilar —(Por izquierda) ¿No está la señorita Blanca?

Celes —(Se acerca a ella, meloso) ¿Blanca tú, negra de mi alma, que eres una azucena que atonta. (La coge por la cintura) ¿Sabes lo que me dijo tu amigo, el del baile, cuando se fué?... Pues que te diese un beso de su parte.

Pilar —(Se suelta de él) ¡Ay por Dios! Pero, ¿dijo eso?

Celes —¡Clavao! Y voy a cumplir su encargo ahora mismo (Intenta besarla)

Pilar —(Le empuja) No corra usted tanto, que se va a caer.

Celes —A tu lao no hay quien se caiga (La abraza).

Pilar —¡Qué vergüenza, Dios mío, si alguien nos viera de esta manera! Suélteme Don Telesforo, que grito.

Celes —Calla, tonta, que va a creer la vecindad que se pega fuego.

Pilar —Como que está ardiendo un pajar viejo.

Celes —(La toca la barbilla) Como que m'ha incendiao el ascua de tus ojos. Y viejo y to, soy capaz de hacerte feliz.

Pilar —Con lo que yo sería feliz, por lo pronto, es con la paga del mes y medio que me deben ustedes.

Celes —(Haciéndose el «longui») No pienses en esas tonterías.

Pilar —¿En qué voy a pensar, entonces?

Celes —En el cuarenta caballos que nos va a llevar al Paraiso. Me vas a hacer perder la chaveta, chiquilla.

Pilar —La perdió usted hace tiempo...

Celes —Sí. Desde el día que entrastes en mi casa. Como que cada vez que pasabas por mi lao, el primer día, parecía que me hacían cosquillas en el cogote con un cepillo.

Pilar —¡Ay, qué gracia!

Celes —(Se arrodilla ante ella y la coge la mano) Deja que bese este manojo de nardos, o... ¡ámame, porque te adoro!

Pilar —El Tenorio en ocaso. ¡Qué gracioso!

Blanca —(Por primera derecha, alarmada) ¡Padre! ¿Qué es esto? ¿Qué le pasa a usted? (Telesforo se levanta súbito).

Pilar —(Disculpándose) No es nada: que se le fué la cabeza al señor,

Celes —(Indeciso) Es... que estaba escuchando, porque me pareció que me llamaban del otro mundo...

Blanca —(A Pilar) Usted váyase a la cocina, que es donde está haciendo falta. (Hace mutis por foro) (A Telesforo) ¡Está muy bonito que le haga usted el amor a la criada, y a madre como si se la hubiera tragado la tierra!

Celes —Como que creí que era la que me llamaba.

Blanca —Parece mentira. (Se sienta y llora).

Celes —¿No se fué tu madre de con nosotros, porque quiso? ¿No nos abandonó porque decía que se deshonraba? Pues, entonces... Ella tuvo la culpa. Ya sabes que yo no quería... Ya le pesará, yá.

ESCENA VI

Dichos y Catalina

Catal —(Desde puerta foro, puesta en jarras, irónica) ¿Se puede pasar?

Celes —(Sorprendido) ¡Vino!.., ¡Vino!...

Catal —¡Tan borracho como siempre!

Blanca —(Va a su madre e intenta abrazarla) ¡Madre! ¡Madre de mi vida!...

Catal —(La rechaza) Vete de mi vista... Para mi, ya acabastes, Vete.

Blanca --(Se arrodilla) ¡Perdóneme usted, madre, que yo no soy mala!

Catal —No puedo perdonarte, mientras tu conciencia no se purifique. Quítate de mi vista y no excites mi cólera. Vete con tu padre que tanto te quiere.

Blanca —¡Qué desgraciada soy, Dios mío! (Llorando hace mutis izquierda).

Celes —(Indignado) ¿Se pué saber qué pretende tu arrogante figura en esta casa?

Catal —(Con guasa) Pues, nada. Que me dije, digo: «Voy a casa del señor Conde del Ayuno a ver si necesita una doméstica, porque me dije: Allí puede una aprender a hablar y crearse un porvenir.

Celes —(Se pasea) Y a tener vergüenza.

Catal —Si, eso. A tener vergüenza, porque estando junto a su excelencia, algo se me pegará.

Celes —¡Naturalmente! Pero no te olvides que eres casá y que tiés que respetar a tu marido. ¿Me entiendes?

Catal —Y que estoy muy satisfecha, porque tengo un marido, modelo de trabajadores y honraos, ¿Me entiendes?

Celes —No admito imposiciones tuyas.

Catal —Tengo que imponerte una cruz que es lo único que le falta a tu tipo ridículo. La que siempre pesará sobre tus hombros con el peso de tu culpa. ¡Acuérdate! Me fuí de con vosotros, porque

aunque era hija de una rabanera —como tu decías—, no quise soportar la afrenta de vuestra conducta. Y Cuando os abandoné, lanzastes a tu hija por esos escenarios, donde va a dejar trozos de su honra. Por eso me fuí.

Celes —¡Pero, chica! Tú te traes un drama de Benavente.

Catal —(Señalando hacia donde salió Blanca) Si: «La Malquerida».

Celes —¡Aquel era padrastro; pero yo soy su padre!

Catal —Tú eres lo que yo sé y sabrá todo el mundo.

Celes —Bueno, bueno; déjame de latas.

Catal —¿Es que no te avergüenza lo que dicen por Madrid de vosotros?

Celes —¿Qué dicen de mi hija? (Exaltado) ¿Qué dicen de mí? ¿Qué es lo que dicen?

Catal —Que tu hija ha debutao, porque tu se la presentastes al empresario y le gustó no su arte, sino ella, y la contrató, a cambio de ciertos favores que va publicando por todas partes.

Celes —(Con ira) Pero, ¿quién pué creer eso?

Catal —Todo Madrid.

Celes —(Anonadado) Anda, sal de esta casa, que tó es mentira: Madrid no sabe nada.

Catal —Saldré, sí. A otro hombre se le hubiera caído la cara de vergüenza al oir estas cosas...

Celes —¡Vete, que eres la víbora que has llegao hasta aquí para envenenarnos con tu lengua! Tu habías de ser la primera en amargarnos la vida,

Catal —No tardará en llegar hasta tí el grito de tu deshonra, y, entonces, te matará el remordimiento.

Celes —Bueno, bueno... ¿Te quiés marchar con tu cuento a otra parte?.. Además, que pa decir que

te dé un duro pa que comas, no es menester que vengas con esas historias. (Le alarga un duro).

Catal —(Con ira)Guárdalo y compra jabón para lavar tu honra, que buena falta te hace. (Hace mutis por foro).

ESCENA VII.

Telesforo.

Teles —Y no ha tomao el duro. Tan orgullosa como Don Rodrigo en la horca. Como si la honra de las personas consistiese en trabajar, aguantarse con la miseria, con el hambre y con tó lo que Dios nos mande; y he conocío yo a muchos que s'han hecho ricos, sin que nadie haya sabío de donde lo han sacao, y to el mundo los respeta. Yo seré un viva la Virgen, pero mientras el mundó sea mundo, habrá muchos como yo. (Se sienta y medita)

ESCENA VIII.

Telesforo, Donato, Severiano. Después Blanca

Donato —(Por puerta foro con Severiano. Miran indecisos al gabinete) ¡Nos hemos colao!

Sever —No; aquí no es.

Donato —Claro que nó; esta casa parece de un adinerao.

Sever —Pero si nos dijeron en el seis.

Teles —(Se levanta enérgico) ¿Quién anda ahí?

Donato —(Reconociendo a Telesforo) Pero ¿eres tú, Telesforo? (Se abrazan).

Teles —El mismo; yá me ves.

Donato —Pero, ¿cómo te veo? ¡Cambiao por completo! (Por Severiano) Aquí,... es un amigo...

Sever —Y compañero de fatigas, para lo que usté guste mandar.

Celes —Pues yá estamos tós. Pero, sentaros, que estais en vuestra casa. Y, ¿qué os trae por aquí a estas horas? (Se sientan, Telesforo enmedio).

Donato —La casualidá. Pues que nos juntamos después de cenar este y yó, y al entrar en casa del «Solera», nos encontramos al «Penitas», nos hemos liao a hablar y nos ha dicho lo que habías prosperao y tu paradero, Nosotros—que como tu sabes—te apreciamos mucho, en cuanto nos lo dijo, nos llenó de alegría. y aunque ya era tan tarde, pues venimos a darte la enhorabuena.

Celes —Bueno, hombre. Muchas gracias. Ya sabeis que yo a mis amigos los aprecio mucho.

Donato —Además, que como tu sabrás por los periódicos, hace más de tres meses que estamos de guelga, y hasta aquí, hemos venío tirandillo, pero como somos tantos al chupen, pues quiere decírse, que los fondos del Sindicato han dao el último suspiro, y hoy, me dije, digo: Vamos a dar una vuelta a ver si cae faena donde entretenernos, Ya nos extrañaba no verte por ninguna parte; (Mirando en derredor) ¡Chico, vaya casa que te traes!

Sever —¡Buena, buena...!

Celes —Cosas de mi chica. To esto es realquilao.

Donato —Bueno. Pues como iba diciendo, venimos a comunicarte que pronto va a sonar el clarín; y como sabemos que tu eres uno de los convencíos, de los que piensan; porque a pesar que has cambiao de posición, no habrás cambiao de ideas, pues venimos a avisarte pa que estés preparao a la voz de alerta.

Celes —Hombre..., claro..., yo..., vamos. A mí ya se m'acabaron las ideas, porque eso de estar bostezando a ca momento, no m'hacía ni miaja de gracia, y por eso escogí esta vida silenciosa. Así es, que no contéis conmigo, porque yo me he mudao (Se levanta y se abrocha la americana).

Sever —(A Donato) Ya te dije que el día de la verdá, no cuentes con que te ayudarán los que estén hartos. Los que nos seguirán, serán los hambrientos que defenderán con la pérdida de su sangre el programa de nuestro partido.

Celes —Todo eso que usté ha dicho, es pura filfa. Pa mí tos esos sermones de compañerismo, socialismo y sindicalismo, son lo mismo. Estoy muy bien con mi pellejo. Conque ya lo sabeis. Como si yó no supiera todas esas martingalas...

Donato —¿Has oido, Severiano? Esto quié decir que por la puerta se va a la calle.

Sever —¿Y es este el obrero que tú decías que era un «hacha» combatiendo a los burgueses?..

Celes —Vosotros delirais; estais locos.

Donato —Lo que nos hace delirar es el hambre que tenemos.

Celes —¿Y cómo es eso? ¿No decís que habeis cenao?

Sever —Claro. ¿Pero qué hace un poco de pan cuando se está dos meses sin comer?

Celes —¿Y esa Sociedá, qué hace?

Sever —Los preparativos pa el cierre por defunción.

Celes —Digo, que si nó socorre la Sociedá.

Donato —Pues no sabes que s'acabó el remanente ¡Buena está la Sociedá!

Celes —El caso es... que estamos tós iguales.

Donato —Me dejas como pa que me dén friegas de piernas.

Sever —¿Y tú me dijistes que viniera a ver a un amigo tuyo, que nos socorrería porque había subío?

Donato —Si te dije eso, fué porque cuando trabajábamos juntos me decía muchas veces: «Si yo fuera rico, a mi lao no habría pobres» Y hoy que sé que tiene dinero, por eso me he acercao a él.

Teles —Claro que lo dije... Y lo digo.

Sever —(A parte a Donato) Has puesto el dedo en la llaga (A Teles) Pues, entonces...

Teles —Dije que no podía ver pobres a mi lao; porque si se acercaban me iba yo; y si venían a mi casa los echaba a la calle.

Donato —(A Severiano) ¿Has oido? No es lo mismo predicar que dar trigo.

Sever —Bueno, chico; vámonos de aquí, que esto ya está visto. Este tío es un cualquier cosa.

Teles —(Indignado, pretende cogerlo por el cuello) ¡Este tío le va a echar de un puntapié, por mal educao y fresco!

Blanca —(Por izquierda, asustada) ¿Qué voces son esas, padre?

Teles —Este tío, que porque tiene uno cuatro cuartos, ganaos a fuerza de trabajos, se cree con derecho a llevárselos.

Donato —¡Hombre, Telesforo! Refréscate y no hagas caso, que no tié importancia la cosa. Es que...

Blanca —(Por los dos) Es que a mi padre no le faltan ustedes en su casa, ¡Fuera de aquí ahora mismo! ¡Vamos, hombre!

Donato —Es que este amigo se ha propasao un poco, sin querer; pero no es la cosa para tanto.

Blanca —Bueno, bueno. He dicho que fuera de mi casa.

Donato —¡Vámonos, Severiano, que a este lo apunto yo

en la lista negra!.. (A Telesforo, desde puerta foro) ¡Retógrado! ¡Rico nuevo! ¡Retruécano!.. (Mutis los dos por foro).

ESCENA IX.

Dichos y Pilar

Celes —¡No sé como hé tenío paciencia pa aguantarlos! Ya no soy quién era. Todo lo voy perdiendo. Hasta aquella arrogancia con que yó abofeteaba a los sinvergüenzas. (Mutis 2.ª derecha).

Blanca —¡Pobre padre mío! ¡Siempre tan valiente! ¡Genio y figura..! ¡Pobrecillo! (Se sienta y medita).

Pilar —(Por foro con una carta) Señorita: Esta carta que me entregó su novio, encargándome que no se la diera delante de su padre.

Blanca —¡Ay, Dios mío! ¿No te dijo nada más?

Pilar No. señorita.

Blanca —Bien. Márchese.

Pilar —Que usted descanse, señorita. (Hace mutis por izquierda).

Blanca —(Se levanta y lee, ávida, la carta). «Blanca: Llegó la hora de nuestra félicidad eterna. No dudes un momento. Esta noche a la hora convenida, iré, y volaremos a campo traviesa, en pos del ideal que forjaron nuestras almas. Tu siempre, Carlos». (Se deja caer sobre una butaca y se l'eva las manos a la frente. Se guarda la carta en el pecho) ¡Qué locura! Me faltan las fuerzas. Y es que se apoderó de mi voluntad de tal manera, que... ¡No sé, no sé... (Llora).

ESCENA X.

Blanca y Telesforo. Después, Pilar

Teles —(Por 2.ª derecha, reparando en Blanca) Pero. ¿Qué te pasa, hija mía? ¿Por qué lloras? ¿Por qué?

Blanca —No es nada, padre. Que me entró de pronto una tristeza, que me hizo llorar.

Teles —¿Es que te disgustastes porque me peleé con esos vivos? No hagas caso a esas tonterías. ¿Te dijeron algo de tu madre?

Blanca —No, nada. ¡Pobrecilla!,.

Teles —Entonces, ¿por qué estás triste? ¿No eres dichosa? ¿No estás contenta con tu arte? ¿No tienes a tu padre, que se desvive por tí y te quiere con toda su vida?

Blanca —Si, si... Pero es que a veces, siento ganas de llorar..., de ¡no sé qué!

Teles —(Acariciándola) No te aflijas, porque me dá un coraje cuando lloras... Tú eres capaz con tu arte de revolucionar al mundo, y ganar el dinero a montones. Deja esa tristeza y ¡a vivir!..., que mañana será otro día y ¡quién sabe lo que pasará! Anda, acuéstate, y no pienses, que yo también me voy a descansar. Hasta mañana (La besa y hace mutis por primera derecha)

Blanca —¡Dios mío! ¡Qué locura! ¡Me faltan las fuerzas!

Pilar —(Por izquierda) ¿Me llamaba usted? ¿Está usted enferma, señorita? ¿Alguna mala noticia? ¿La carta que le traje de su novio?.

Blanca —No. Cansancio... Mareo... No es nada: ya pasó.

Pilar —¿Quiere usted que la traiga un poco de tila?

Blanca —No, nó; ya estoy bien. Váyase a acostar.

Pilar —Entonces, hasta mañana. Este Carlos la trae loca (Mutis por izquierda)

ESCENA ULTIMA

Dicha y Carlos

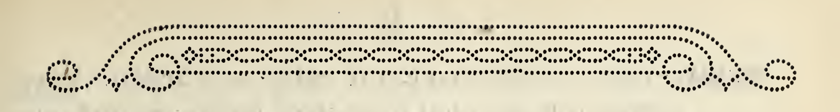
Blanca —¡Pobre padre! Con qué ansia me besaba. Soy una infame. Yo no debiera dar este paso, pero... ¿qué extraño fatalismo hay en la vida de todas las mujeres que nos hace ser débiles, hasta perder nuestra voluntad? (Apaga la luz) ¡Dios mío! ¡Estará escrito! (Se oyen unos golpecitos por la puerta foro. Hace escucha) ¡Es él, Dios mío! ¡Es él? (Sale a abrirle y vuelve seguida de Carlos).

Carlos —¿Vamos, Blanca?

Blanca —(Luchando) Si, vamos.

Carlos — ¡Pronto! ¡Que el auto espera! (Blanca mira hacia la habitación donde se supone que duerme su padre, le tira un beso y hace mutis rapidísimo cogida de la cintura por Carlos). Telón rápido al mutis.

NOTA,—Este mutis, queda encomendado al talento escénico de los artistas.



ACTO TERCERO

DECORACIÓN

Gabinete lujoso en una casa de lenocinio. Derecha dos puertas practicables con cortinas; izquierda una puerta practicable con cortinas también. Foro una puerta practicable. Ha pasado algún tiempo, desde el acto anterior. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón estará la escena sola. Pequeña pausa. Después se oirá por la izquierda una guitarra, palmas, y varias voces que dicen: «Que cante Blanquita! ¡Que cante!» Hay un silencio y vuelve a oirse la guitarra).

Blanca —(Dentro, cantando por bulerías)

«Me lo tengo merecío...
por hacerme caso d'el
hasta la honra he perdío.»

(Se oyen voces de: Olé. Viva España flamenca y castiza. Que cante otra. ¡Que cante! (Hay otro silencio y se oye la voz nuevamente).

«Tengo el alma doloría...
de ver que no me quisiste
como yo a ti te quería.» (Silencio)

Amalia —(Por 1.ª izquierda) Estos están que arden. ¡Vaya juerga que se traen los nenes! Bueno: es que tengo unas niñas que tumban a la primera, lo mejor del mundo está en mi casa.

Ruiz —(Por 1.ª izquierda tirando de Blanca. Es un señorito chulo, con dos cicatrices en la cara. Cantando) ¡Esta es la mujer que quiero!..

Blanca —(Elegante y despeinada) ¡Es mi hombre! Yo le doy..

Amalia —Pero, ¿hasta cuando va a durar esto?

Ruiz —Todo el día, porque esta chica es la reina de la juerga. ¡Chipen!

Blanca —Y tu el emperador (Le acaricia) ¿Ay, qué guapo!

Amalia —(Rie) ¡Ja..., ja..., ja!

Ruiz —Menos risa, que soy más guapo que un Adonis.

Blanca —Si no fuera por las cicatrices...

Ruiz —Estas cicatrices las llevan los valientes probaos, porque para saber si un hombre es valiente, es menester probarlo.

Amalia —(Con guasa) ¿Y quién fué el guapo que te hizo mal de ojo?

Ruiz —Un barbero que corta más que un sastre.

Blanca —¿Y te sigue afeitando ese mamarracho?

Ruiz —Ni me afeita, ni me afeitaba.

Amalia —Pues, entónces, ¿cómo te cortó, rico?

Ruiz —Verá usted: Estando de juerga una noche, quiso presumir con una amiga mía, porque creyó que le hacía tilín con sus tonterías de corrío. Y mientras, yó, aguantando mecha, hasta que me amosqué y le quise cortar el terreno. Pero tiró de la barbera y ¡ná!, que me puso estas dos condecoraciones. (Por las señales de la cara) Bueno, que si aquella noche no me sujetan, les doy trabajo pa un mes a los de la funeraria.

Blanca —(Con guasa) Que te quisistes hacer valiente y él te cortó... la cara.

Ruiz —Por ser demasiao valiente. Porque yo soy de los que dán la cara.

Amalia —(Aparte) Así la tiene el pobrecito.

Blanca —(Jocosa) Pues, hijo, tienes más cruces que un cementerio.

Ruiz —(Imponiendo silencio) ¡Chist! Niña..., que están doblando por tu padre.

Blanca —¡Por tu madre!

Ruiz —Por tu padre que se va a morir, del ruido que va a formar la primera guantá que te voy a largar.

Blanca —(Indignada) Digo, que no mientes aquí a mi padre, porque me tiro a ti como una gata.

Ruiz —¡Miau!

Amalia —(Reconciliadora) Siempre estais como los perros y los gatos; y el caso es que no podéis pasar el uno sin el otro,

Ruiz —Es que esta es una marchosa y necesita un gachó que la zumbe amenudo y le saque los cuartos que gana, no un hombre como yó que rábio por ella y no adelanto ná.

Amalia —Bueno; dejaros de polémicas, que cualquiera que pase opinará muy lejos de lo cierto.

Blanca —(Suspira) ¡Lo cierto...! Lo cierto es que quisiera que mi vida fuera eterna.

Ruiz —(Rie) ¡Ja..., ja.., ja...! Y se pone séria para decirlo.

Amalia —¿Para qué, niña? Si cuanto más se vive más se padece.

Blanca —Para hacer sufrir mucho a los hombres y vengar en ellos toda la iniquidad que un día levantó en mi alma un miserable.

Ruiz ¿Te vas a poner trágica? (La coge por un brazo) Eso será con el que lo merezca.

Blanca —Y para el que no lo merezca también; porque sin merecerme yo muchas cosas...

Amalia —(A Ruiz) Siempre estoy diciendo que esta chiquilla es la protagonista de una novela interesante.

Ruiz —«La sin ventura» (A Blanca) Deja tus quejas para otro día y nó nos pongas tristes.

Blanca —Tu corazón no puede entristecerse, porque no comprenderías el dolor que en mi alma guardo. De mí, solo escucharás los forzados cantares de la juerga, las risas locas y el lenguaje de un ambiente de vicio, en que el destino me dejó. ¿Qué adelantaría con entristecerte? Tu, sigue embrigándote con un placer que no sientes, mientras que yó, destrozada por un dolor constante, seguiré fingiendo esta comedia.

Amalia —(Admirada) Pero, chica, ¿Qué dices?

Ruiz —Sigue, sigue, que es la primera vez que oigo hablar así, a una mujer de tu clase. Me has colocao entre la espada y la pared.

Blanca —¡Te salvaré del conflicto callando! Por mucho que me esforzase, no me entenderías.

Amalia —Bueno. Dejar la charla para otro día, y anda, dile a la Margot, que venga, que la necesito.

Blanca —Si; vamos y seguiremos la juerga.

Ruiz —¡No! Antes has de acabar esa historia que me vá interesando.

Blanca —(Rie locamente) ¡Ja, ja, ja! (Mutis por izquierda).

Ruiz —(Queriendo cogerla) ¡Vaya si te confiesas tu conmigo! (Mutis por idem).

ESCENA II.

Amalia. Después, Margot

Amalia —Estos dos acaban a trompazos; lo estoy viendo. El es un alelao que está loco por ella, y ella es una romántica perdía.

Margot—(Por 1.ª izquierda, elegante) ¿Me llamaba usted, doña Amalia?

Amalia —Sí. ¿Qué botellas van descorchadas?

Margot—Dos del mono y ocho del Gaitero.

Amalia —Bien; no hay que gastar el tiempo tontamente, porque esta casa, como tu sabes, es como una barbería, donde hay que pelar a todo el que entre. No te digo más: mucha coba y mucha pupila. Y ya sabes el sistema que hay que emplear con estos juerguistas, para que vácien los bolsillos: halagarlos, reirles las fanfarronadas, y decirles que valen mucho, hasta que saquen la cartera. Lo demás es cosa facil.

Margot—Ya, sabe usted, que en los dos años que llevo en su casa la he levantado.

Amalia —Si. hija; no puedo tener queja de ti. Oye, dime: Tu que eres amiga de Blanca, y que pareces el arca de sus secretos, ¿no te ha contado nunca su vida?

Margot—No me ha dicho nada todavía. Unicamente cuando está algo alegrilla, suele decir cosas sueltas que, después la entristecen, porque cree haber revelado su secreto.

Amalia —El caso es que algunas veces está contenta; pero en seguida se pone mustia y llora sin consuelo. Para mí, ha recibido un cruel desengaño.

Margot—¿Y cual de nosotras no? Yo tambien tuve un día quien me pintó un mundo de fantásticos cas-

tillos, llenos de dicha eterna; pero pronto vi con desesperación que aquello se derrumbaba, dejándome en la espantosa realidad. Y yá ve usted, donde me encuentro. ¡Nadie es quien parece!

Amalia —Tienes razón, hija...! Todas vamos por el mismo camino! En fin, ¡qué le vamos a hacer!... El mundo es así. (Suena un timbre hacia la 2.ª derecha) ¿Han llamado?

Margot —Si.

Amalia --Anda, sal a ver quién es. (Mutis de Margot, que vuelve a poco)

Margot —Dos señoritos. ¿Les abro?

Amalia —Claro, mujer, Que pásen.

ESCENA III

Dichas, Luis y Enrique

Margot —(Entra seguida de Luis y Enrique) Penetren los pollos.

Enrique —Oye: eso de pollo será por tí... (Rie) ¡Estupenda agencia de matrimonios (Mira a todos lados).

Luis —¿Has dicho agencia de matrimonios? Este es el Harem de doña Amalia. ¿No estás viendo qué tontería de mujeres (Le toca la barbilla a Margot), y qué lujo?

Amalia —Un lujo asiático.,. Buen gusto y nada más Y respecto a mujeres una pochez, (Señalando a Margot) Y si nó, aquí teneis la muestra.

Enrique —Como que tiene una risa que cosquillea. ¡Y si es fachada... (Señalando un busto desarrollado).

Luis —¡Fachada y fondo! Ese cuarto lo alquilaba yo para toda mi vida.

Margot —¡Exagerao! Bueno. No estoy para pelmazos. Voy a ver qué hacen esos (Mutis 1.ª derecha)

Enrique—¡Qué pronto se atufa! Y la verdad que tiene angel...

Amalia —Como siempre que vienen ustedes la dan la lata.., por eso se ha ido.

Luis —Lo que la damos es propina de Sultan. Pero la hacemos rabiar un poco.

Enrique—Bueno. Llama a las chicas que las hagamos un magnesio (Con guasa).

Amalia —¿Es que venís en plan de juerga?

Luis —No. A tomarnos una de Agustin y... a otra cosa.

Enrique —Aquí donde la ves, ha sido la mujer de más tronío que se ha presentao en las verbenas

Amalia —¡Qué buen humor tiene este hombre siempre!

Luis —Como que está usted para un banquete sin aperitivos (A Enrique) ¿Eh? ¿Qué te parece?

Enrique—¡Brutal, hombre, brutal!

Amalia —Os iba a dar algo. Además, que sería una lástima murieseis de cólico.

Enrique—La carne no hace daño nunca.

Amalia —En fin, llamaré que os sirvan (Toca las palmas. En seguida se oyen por la izquierda, voces de ¡Granuja, Golfo ..!.)

Luis —(A Enrique) ¡Prepárate que hay tango!

Amalia —¡Ya está liada! ¡Si lo estaba yo diciendo! (Mutis de prisa 1.ª izquierda).

Enrique—No te preocupes; son caricias amistosas. ¡Cupido que se divierte!

Luis —¡Y que la diversión es como para ponerle a uno en guardia!

ESCENA IV.

Dichos, Ruiz Blanca y Amalia

Ruiz —(Por izquierda, enfadado, tirando de Blanca, que viene

llorando) ¡Tanto le has querido meter al saco, que ha reventao ¡A mí con postin no, niña.

Blanca —Ya me las pagarás. Por estas. (Jura).

Amalia —Aquí en mi casa no se le pega a nadie, ni consiento camorras. Ya lo sabes, Y menos a una desgraciada.

Enrique—(Interviniendo) ¡Un chulo tenía que ser ¡Pues no parece mentira.

Ruiz —(Amenazando a Enrique) Un chulo, que le va a romper el alma al que se ponga por delante.

Luis —(Cogiendo por la americana a Ruiz, lo zarandea enfadado) ¡Menos humos! A los valientes de taberna los apago yo al primer soplo. (Lo zarandea otra vez y lo echa) ¡Apagao!

Ruiz —(Mientras hace mutis, furioso) ¡Usté me las paga..! ¡Por estas! (Mutis derecha).

Luis —(A Blanca) ¿Con qué derecho le pegaba ese sinvergüenza?

Blanca —Porque es un cobarde que no se atreve más que con nosotras.

Amalia —(A Blanca) ¿Pues yo te aseguro que a ese se le va a indigestar la guapeza algún día!

Enrique—(Reparando en Blanca) Pero, si ésta es Blanca, la que estuvo en Maravillas.

Luis —¡Es verdad!

Blanca —(Agradecida) ¡Ah! Pero, ¿Es que me conocían ustedes?

Enrique—¡Claro! Pero si te tengo mandadas más cajas de dulces al escenario.

Luis —Y yo me gasté más pesetas en admirar tu cuerpo divino todas las noches... ¡Como que me tenías lelo, hija!

Blanca —¡Qué tiempos aquellos! (Suspira).

Enrique—¡Cualquiera lo diría! ¡Todo pasa en el mundo, que dijo no sé quién.

Amalia —Bueno. Cuando salgan ustedes, tengan cuidado con él, que es un traicionero. Ya ha tenido dos duelos.

Luis —(Riendo) Si; su padre y su madre que se han marchado al otro mundo.

Blanca —Es verdad. Y a uno lo dejó malamente de un sablazo.

Enrique—Como que dará tantos al cabo del día... Pero de todas clases.

Amalia —No; eso no Será lo que sea, pero lo primero que hace cuando viene, es aflojar la tela... Bueno. Me voy adentro a ver que hacen esas, (A Blanca) Tu, ven y sirve a estos, (Mutis por izquierda)

Blanca —¡Hasta ahora! (Mutis por izquierda).

Luis —Adiós, preciosa...! ¡Y que no me alegro de haber llegado a tiempo...!

Enrique—Pues claro, hombre... La chica lo vale.

Luis —Y que ese... me puso de un humor de mil diablos. No hay cosa que más me indigne, que ver pegar a una mujer.

Enrique—Te advierto que yo, temía que se liase de veras, porque, entonces, vamos a la Comi, se enteran nuestras mujeres, y aquí fué Troya: ¡Golfo, granuja, bandido!... En fin.

Luis —No lo hagas tan a lo vivo, hombre, que parece que me estás insultando.

Blanca —(Por izquierda con una bandeja, dos copas, y una botella de vino) Aquí está esto. (Deja todo encima de una mesita, llena las copas y se las sirve).

Enrique—Bueno, mujer. Así como así te hemos defendido como cosa nuestra. (Este bebe y deja la copa en la mesa).

Luis —A tu salud (Hace lo que Enrique)

Blanca —Muchas gracias.

Enrique —¿Quién diría que te ibamos a encontrar en esta casa? ¡Las vueltas que da el mundo!

Luis —Y aunque sea curiosidad, ¿por qué vinistes a parar aquí?

Blanca —(Con tristeza) ¡Qué se yó! ¡Sería mi sino! Nadie sabe donde terminarán sus días ni de qué manera (Siguen bebiendo hasta el mutis)

Luis —Y que lo digas. ¡Cuanto te acordarás de tus triunfos pasados!' .

Blanca —¿Cómo no iba a acordarme? Pero, no me hable usted de aquello, porque me causaría un sufrimiento enorme. ¡Ha pasado tanto desde entonces...

Enrique—Cuenta, cuenta...

Blanca —¿Qué quieren ustedes que les cuente?... ¡Miserias y tristezas!...

Luis —¿A ver? ¿A ver? Debe ser interesante.

Blanca —Estuve en Maravillas, como ustedes saben, y fuí durante algún tiempo la artista mimada por el público, por mi desgracia.

Enrique—Eso no es desgracia. Ya quisieran todas tener esa suerte.

Luis —Déjala que hable, hombre.

Blanca —Pues, bien: yo fuí a aquel teatro por recomendación del hombre que fingió quererme locamente, y cada uno de los aplausos con que el público premiaba mi labor, eran otros tantos flechazos, de ódio y celos, que se clavaban en el corazón de aquel miserable. Por todas partes oía su voz que me decía: «¡Blanca, quiero que seas mía!, ¡solo mía!. Siento celos de todo... Ponía en sus palabras un fuego de exaltación y sinceridad, que,

creyéndole noble, me rendí como obedeciendo a la voz de un conjuro. Y una noche... la luna era nuestro guía, cuando sin darme cuenta, mi vida se rajó como un lienzo en la noche serena. Y mientras yo lloraba..., él quería consolarme con un refinamiento perverso. Después..., me abandonó y yá ven ustedes lo restante.

Enrique—¡Tragedias de la vida; es verdad!

Luis —¡La vida escoge sus victimas! Y entonces te tocó a tí. Hay hombres para todo...

Blanca —¡Hombres sin corazón y sin conciencia!

Enrique—¡Llevas razón! Sientes como las mujeres que tienen alma.

Luis —(Levantándose) En fin, chica. A ver que te debemos. Tienes motivos para quejarte del mundo y y de los hombres...

Blanca —Esto ya está pagado. Convido yo.

Luis —De ningún; eso no lo podemos consentir nosotros. (Saca un billete pequeño y se lo dá).

Blanca —Esperen un momento; voy a darle las vueltas. (Inicia el mutís).

Enrique—(La sujeta) Está bien. Lo que sobra para tí.

Blanca —Muchísimas gracias. Esta esplendidez no la tienen todos.

Luis — (La dá la mano) ¡Adios, chica! Ya volveremos otro día.

Enrique—(Idem) Sí; vámonos... (A Blanca) Y no sufras más. ¿Qué le vas a hacer ya? (Mutis por derecha)

Blanca — Adiós. ¡Y muchas gracias por todo!

ESCENA V.

Blanca y Margot. Después Amalia

Margot—(Por izquierda) ¿Se fueron ya esos pesaos?

Blanca —Son unos conocidos míos.

Margot—Te habrán recordado otros tiempos, para hacerte sufrir. ¡Ay, qué hombres! Cuando no hacen mal, lo recuerdan. Y es que disfrutan cuando ven padecer.

Blanca —¡No, mujer! Estos no son así. Si vieras como se han compadecido de mi desventura...

Margot—¡Que te crees tu eso! ¡Los hombres, todos son iguales! Parece que te dan la miel con los labios y te están engañando. Yo, como estoy tan escamá de ellos..,

Blanca —No pienses de ese modo. Entre los hombres también hay quien merece los mayores sacrificios. ¿Por qué no? Yo los defiendo, y... yá ves, si tengo razón para odiarlos...

Margot—Es verdad, sí. Yo también ódio al mío... y, sin embargo... A pesar de la mala pasada que me jugó, creo que le perdonaría. ¡Se meten tan dentro de nuestro corazón (Llora)

Blanca —(Consolándola) ¡Pero, no llores, tonta!. Ahora no hay caso para ponerse tristes.

Margot—(Secándose las lágrimas) ¡No pude remediarlo! ¡Le quería tanto!.. Cada vez que me acuerdo de él, no sé qué me pasa... Pero, ¿qué hemss de hacer más que llorar?

Blanca —Tienes razón, Margot; las penas se desahogan llorando. Pero dejemos esto y sea lo que Dios quiera.

Margot—Si, vamos adentro a seguir otro episodio de la novela.

Blanca —De esa novela repugnante y grotesca que vivimos todas las que caminamos por la mala senda,

Amalia —(Por izquierda) Pero, niñas, ¿es que habeis olvidao que están ahí esos?

Mprgot—No, señora Amalia. Vine a buscar a Blanca y nos hemos entretenido un momento con...

Amalia—(Interrumpiéndola) Si; con lo de siempre: Que si él os prometió; que si le teneis en el corazón...

Blanca —¡A ver que vida!

Amalia—¡Ay! ¡Dios las cria y ellas se juntan! ¡Con tanto romanticismo vais a acabar mochales! Bueno, andar con esos, que os esperan.

Margot—¡Vamos! ¡Vamos! (Mutis Blanca y Margot por izquierda).

ESCENA VI.

Amalia y Carlos

Amalia —¡Es para desesperarse! Y habrá quien crea que esto es un negocio redondo. Bueno; hay pelmazo que se está tres horas dando coba a una copa y a lo mejor se marcha sin pagar.

Carlos —(Por segunda derecha, elegante) ¡Buenas noches!,..

Amalia—Muy buenas.

Carlos —¿Es usted la dueña de esta casa?

Amalia —La misma. ¿Qué deseaba?

Carlos —Saber si hay aquí una chica que se llama Blanca.

Amaiía —Aquí hay una que dice estuvo en Maravillas y se llama así. No sé si será la que usted busca.

Carlos —Si no me han informado mal ..

Amalia —¿Quiere usted verla?

Carlos --Si; haga usted el favor de llamarla. Dígala que la espera un... amigo.

Amalia --Voy a avisarla. En seguida sale. (Mutis por izquierda).

ESCENA ULTIMA

Carlos y Blanca

Carlos —(Meditando) No más dudar. Mi propia voluntad me empuja y mi conciencia me dice que expíe la la culpa que pesa sobre mi corazón.

Blanca —(Por izquierda. Al ver a Carlos, lanza una exclamación de sorpresa ¡¡Carlos!! ¿Tu? (Baja la cabeza y se apoya en una ventana),

Carlos —¡¡Si, yó!! Te extraña, verdad?

Blanca —(Con desprecio)—¡Qué escarnio! Como el que mata y contempla a su víctima.

Carlos —(Vencido) ¡Perdóname, Blanca! Escucha, y sentencia después.

Blanca —(Altiva) ¡No quiero escucharte. Sal de esta casa y hazte cuenta que me he muerto para el mundo! ¿Para qué te sirve mi perdón? El perdon de una desgraciada vale muy poco para quien tan alto está. Si cuando te brindé la flor de mi cariño, la despreciaste, ¿qué harías ahora que está mustia y escarnecida?

Carlos —Hacerla que recobre su antigua lozanía con mi amor y mis besos. (Se acerca a Blanca)

Carlos —¿Como voy a creerte si ya me has engañado? No, no es posible...

Carlos —Reconozco mi delito. Soy el culpable. Pero, ahora, al venir a esta casa. abrigué el firme propósito de que, desde hoy, solo la tumba nos separe. Por eso vengo a postrarme ante tí, como lo haría ante Dios que desde el cielo bendice este momento.

Blanca —¿Estás seguro de que es amor lo que sientes? ¡No, Carlos, nó! Es el remordimiento el que te

hace llegar hasta mí, en descargo de tu conciencia. ¡Los hombres sois muy egoistas! ¿Qué os importa a vosotros atentar contra la virtud de una mujer, si con ello satisfacéis vuestros deseos? Llevais en el corazón el germen de la superioridad, y no refrenais vuestras pasiones hasta que nos dejais escarnecidas enmedio del arroyo.

Carlos —Tienes razón, Blanca. ¡Nunca esperé encontrar un alma tan buena como la tuya! Olvida lo pasado y piensa en la dicha que unidos nos espera, como si Dios nos hubiese juntado en la otra vida.

Blanca —¡Olvidar aquello...! No, Carlos. No te obstines en hacerme creer cosas imposibles, puesto que tus palabras no hallarán calor en mi corazón. Tu me enseñastes a odiar, lo que en otro tiempo fué sagrado para mi: ¡tu cariño! ¡No me hagas sufrir de esta manera, Carlos! (Llora) (Se oye dentro la juerga, el cante jondo y las guitarras).

Carlos —(La coge por la cintura, cariñoso) ¡No llores, mi Blanca! ¿No vés cómo te quiero?

Blanca —¡Si, Carlos! Pero, ¡acuérdate de aquel momento tan amargo para mí, en que te supliqué que no me abandonaras!...

Carlos —A eso he venido; a borrarlo. ¿Por qué no ser felices otra vez, cuando te quiero con toda mi vida? Si un día mi locura, hizo de ti la fuente en que todo caminante apagó su sed, esa fuente será mía, para saciar la sed espiritual que me devora.

Blanca —(Vencida y sonriente) Si esa es tu voluntad y así lo quieres, ¡sea! (Se abrazan. Blanca, feliz, grita) ¡¡Margot!! ¡Margot!... ¡Doña Amalia!

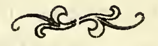
Carlos —(Imponiéndola silencio) No llames; ¡déjalas! Ellas

en el vicio..., nosotros ¡a la felicidad, a la vida!

Blanca —Si: apártame para siempre de «La mala senda» (Hacen mutis, abrazados) Telón rápido.

FIN DE LA OBRA.

NOTA.—Se recomienda al galán joven y a la primera actriz que en la última escena del tercer acto, pongan toda su alma de artistas, para contribuir al mayor éxito de la obra.



Obras de los mismos autores en colaboración

¡Valiente primo!.—Farsa cómica en tres actos y en prosa.
La mala senda. —Comedia de costumbres en tres actos y en prosa.
El triunfo del poeta.—Comedia en tres actos y en prosa.

OBRAS DE JULIO HERNÁNDEZ NOVAS

El disloque.—Juguete cómico en un acto y en prosa.
Familia aprovechada.—Juguete cómico en un acto y en prosa

EN PREPARACION

El camino de la dicha.—Comedia en tres actos.
Entrar por uvas.—Juguete cómico en un acto.

NOVELAS

En la llanura.
Una damisela ingénua.
Manda el corazón.
El ideal roto.
Jirones de gloria.—(cuentos).

EN PREPARACION

Ella fué.
Gloria.
Brisas de Primavera,—(Poemas en prosa).

OBRAS DE CONSOLACION CID MORALES

Un viva al Rey.—Drama en tres actos y en prosa.
Sacrificio.—Comedia en tres actos y en prosa.

Precio: DOS PESETAS